

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

Las ciencias sociales «desde» el sur «para el mundo»

Discurso de instalación de Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Temuco

JOSÉ MANUEL ZAVALA CEPEDA

Lunes 2 de abril 2012

Quien me ha precedido en el cargo que hoy asumo, Ricardo Salas, deja una casa ya construida y cuyos integrantes se reconocen en ella. Este trabajo fundacional no hubiese sido posible sin el concurso voluntarioso de cada uno de los miembros de esta Facultad, directivos, académicos, estudiantes y administrativos que bajo la conducción inteligente e integradora del decano Salas y con el respaldo permanente de las autoridades universitarias, se ensamblaron en un proyecto de Facultad inclusivo y viable.

Siguiendo los lineamientos institucionales expresados en los documentos estratégicos, me corresponde hoy continuar esta obra. Esperamos estar a la altura de esta tarea y no defraudar la confianza depositada en mí por las autoridades y por la comunidad académica que luego de un proceso de consulta participativo me colocó frente a este desafío.

Sin lugar a dudas, algunas de las tareas que nuestra facultad deberá abordar en los cuatro años que vienen son:

- Desarrollar y avanzar en la formación de posgrado y en la investigación.
- Garantizar la excelencia de la formación de pregrado manteniendo la matrícula y diversificando, en los casos justificados, los perfiles de egreso.

- Asegurar una infraestructura adecuada y acorde a nuestro crecimiento y a nuestras necesidades.
- Continuar el diálogo con la sociedad constituyéndonos en referentes de opinión en los temas que nos competen.

Actualmente, en el área docente somos cinco carreras de pregrado y un programa de magíster que reúnen cinco disciplinas: la antropología, la ciencia política, la psicología, la sociología y el trabajo social.

Este es el año «uno» del programa de pregrado de la carrera de Psicología, y parte de nuestra tarea consistirá en acoger e integrar a esta nueva familia disciplinar a nuestra comunidad de facultad: bienvenida Bertha y todo el equipo de Psicología y felicitaciones por el éxito de la convocatoria a este nuevo programa.

Permítanme ahora hacer una pequeña digresión, pues ya habrá tiempo para discurrir sobre cosas más concretas.

Ricardo Salas nos ha señalado en su discurso elementos fundamentales para entender las ciencias sociales en un mundo en plena mutación que nos obliga a la vigilancia reflexiva sobre nuestro propio quehacer.

Siguiendo este tono, comparto con ustedes algunas reflexiones sobre las ciencias sociales «desde el sur para el mundo».

La palabra «sur» tiene diferentes connotaciones según sea donde se pronuncie; «sureño» es una categoría que en el «norte» —es decir en Santiago para nosotros— se refiere a una persona con ciertas características, las cuales jamás se explicitan pero se subentienden.

Los subentendidos son la base de las imágenes y estereotipos sobre los cuales se construye la relación al otro y están conformados por una mezcla de experiencias personales; prejuicios socialmente transmitidos y relaciones históricamente consolidadas.

Cuando América recién estaba abriéndose al mundo —o mejor dicho cuando América estaba comenzando a ser expoliada— desplazarse hacia el sur era «subir»; devolverse hacia el norte «era bajar». La cartografía moderna no ha guardado ninguna traza de esta idea que asociaba «sur con arriba» y «norte con abajo», lo que es curioso porque de alguna manera esta «inversión» de los polos geográficos se produjo justamente cuando el mundo se estaba ampliando grandemente hacia al sur con la entrada más preponderante en la escena mundial de los continentes africano, americano y oceánico.

Todos sabemos que en muchos sistemas clasificatorios culturales —entre

otros el nuestro— basados en cosmovisiones y en principios religiosos, «arriba» se asocia al «bien» y a lo divino y «abajo» al mal y a lo infrahumano.

Entonces, plantearse unas ciencias sociales «desde» el sur «para el mundo», constituye un doble desafío. En primer lugar, tender a desmontar imágenes y estereotipos que no tienen fundamento. En segundo lugar, enfrentar desventajas objetivas que provienen de una realidad nacional de centralismo y desigualdad no solo político-administrativa, sino también económica, cultural, educativa y científica.

¿Cómo enfrentar estos desafíos?

Creo que hay un solo método: reconocer lo que somos y a partir de allí construir ciencias sociales en función de nuestras propias preocupaciones, necesidades y utopías.

El primer ejercicio tendría que ser el de la introspección para luego realizar el de la proyección, a partir del reconocimiento de la identidad propia. Proyección que en ningún caso tendría que basarse en el ensimismamiento y en el sociocentrismo, sino en el diálogo, la interacción y la obertura hacia el mundo.

Como muchos pensadores latinoamericanos ya lo han señalado, con maestría y estilo, uno de los problemas centrales de los latinoamericanos sería el de la identidad; nuestra pregunta fundamental pareciera ser: ¿quiénes somos?

En el caso nuestro, de nuestra región, esa pregunta runrunea aún más fuerte en nuestros oídos pues se trata de una región joven —en su estructura socio-demográfica y político-administrativa actual, ya que en un sentido histórico-cultural es bastante «vieja». Nuestras ciencias sociales tendrían que ayudar a responderla, particularmente conjugándola en tiempo futuro, de manera de saber algo más sobre ¿quiénes queremos ser?; sobre ¿qué modelo de desarrollo tendría sentido en una región como la nuestra y en un contexto mundial como el actual?

Para saber quienes queremos ser hay que tener presente quienes hemos sido. En este sentido, es importante no desconocer que en la génesis de lo que hoy llamamos la Región de La Araucanía hay un trauma que como marca genética nos acompaña y nos acompañará por mucho tiempo: la violencia y la negación fueron en gran medida el parte de nacimiento de esta región, no hay que olvidarlo.

Entonces, ¿cómo se puede generar identidad, comunidad de intereses y proyecto de futuro sobre estos cimientos? Ese es un gran desafío.

Estamos en una tierra de volcanes, donde el magma de tiempo en tiempo se transforma en lava, en una tierra que incluso geológicamente está en «crecimiento» y se mueve.

Dicho lo anterior, esta marca de nacimiento sin lugar a dudas ha generado particularidades que miradas desde otros ángulos —asumidas y no negadas— constituyen potenciales: la desigualdad puede transformarse en diversidad; la negación antecede al reconocimiento y la violencia llama al diálogo.

En esta perspectiva, nuestras ciencias sociales deben saber mirar más allá del visillo que a veces una pseudomodernidad de fachada cubre la superficie de nuestras ciudades y campos ocultando las tabiquerías que de tiempo en tiempo algunos movimientos sísmicos dejan al descubierto.

Las ciencias sociales se han movido en América Latina y en Chile, entre dos tradiciones a veces convergentes y, las más, divergentes. Por una parte, una tradición ligada a la producción ensayística de corte filosófico, humanístico e histórico de larga data en nuestro continente y cuya presencia es anterior a las disciplinas académicas. Por otra, una tradición de vocación científicista, vinculada al modelo de racionalidad causal-explicativo de la ciencia moderna y que se asienta en América Latina con fuerza, desde mediados del siglo xx con el surgimiento de las disciplinas universitarias.

¿Desde qué tradición podemos situarnos nosotros?

Creo que no es necesario elegir, debemos considerar en qué medida los dos caminos nos sirven. La fortaleza del pensamiento ensayístico y generalizador que ha dado sus mejores frutos en América Latina es tan importante como el poder analítico y empírico de la ciencia moderna.

Nuestras disciplinas: la antropología, la ciencia política, la psicología, la sociología y el trabajo social deben considerar el contexto regional que hemos descrito y desde allí proyectarse al mundo tanto como no olvidar la diversidad de posibilidades epistémicas y metodológicas que el modo de hacer ciencias sociales en América Latina ha tenido.

Por otra parte, y en consideración de los procesos transformadores que han vivido las universidades y las sociedades mismas de nuestro continente, estas disciplinas no pueden ser autorreferentes y permanecer en un academismo inocuo, sino que deben saber conjugar la independencia y autonomía del pensar disciplinario con la aplicación y la funcionalidad del actuar profesional que sin duda deben combinarse, en su justa medida, en la formación

que entregamos a nuestros estudiantes y en el aporte que hacemos a la sociedad.

Será necesario entonces generar aún más integración y más trabajo interdisciplinario en nuestra Facultad construyendo puentes para potenciar las fuerzas que gracias al concurso de académicos, estudiantes y administrativos de este claustro hacen posible las ciencias sociales «desde el sur para el mundo».

Muchas gracias.